

MIHOC, Vasile-Octavian, *Christliche Bilderverehrung im Kontext islamischer Bilderlosigkeit. Der Traktat über die Bilderverehrung von Theodor Abū Qurrah (ca. 755 bis ca. 830)* «Göttinger Orientforschungen. Syriaca» 53 (Wiesbaden: Harrassowitz Verlag, 2017), 270 pp. ISBN 978-3-447-10791-4.

Entra las obras de Theodor Abū Qurrah se encuentra un tratado sobre el uso de la imagen en la religión. Gracias a este nuevo volumen de la colección «Syriaca» dirigida por Martin Temcke, tenemos acceso a un estudio de la vida y obra de Abū Qurrah que permite contextualizar el tratado que, a continuación, es analizado por Vasile-Octavian Mihoc.

El presente volumen comienza –tras las abreviaturas y el sistema de transliteración del árabe (pp. 9-14)– con el prefacio (Vorwort, pp. 15-18). En esta parte inicial de la obra, el autor describe cómo en los últimos años ha existido un incremento de los estudios interculturales, en general, relacionados con la religión y, en particular, de aquellos que han tenido como objetivo principal la relación entre islam y cristianismo. Mihoc plantea un escenario en el que conviven cristianos y musulmanes, en un periodo histórico comprendido entre los siglos VII y IX. Durante estos siglos, el surgimiento y auge del islam harán, según el autor, que se creen relaciones basadas en la coexistencia que buscan el entendimiento ‘del otro’ pero también su descrédito en favor de las propias creencias. Esto se extrapola a cuestiones religiosas como la teología o el culto y también a otros niveles, como el uso de los edificios religiosos. Finalmente, el autor cierra su prefacio con una serie de agradecimientos (p. 18).

En la introducción a su obra (Einleitung pp. 19-32), Mihoc realiza una breve pero precisa y meritoria descripción del contexto social, político y religioso en el que vivió Abū Qurrah. Para ello, el autor comienza introduciendo la sucesión de califas en Oriente. Esto le permite ir enlazando los acontecimientos históricos más relevantes con el desarrollo de la vida religiosa, tanto del islam como del cristianismo. Estas primeras páginas describen la situación en la que se encontraba el cristianismo oriental cuando surgió el islam. Seguidamente, Mihoc se centra en las confrontaciones entre islam y cristianismo cuando el primero comienza a convertirse en la religión principal de un territorio (Oriente) en el que hasta entonces había sido mayoría el cristianismo.

Como indica el autor, el cristianismo oriental, que había hecho frente en el pasado a los cultos paganos y que se encontraba en un proceso de adaptación entre las propias facciones de la Iglesia oriental, comenzaba ahora a verse envuelto en una nueva controversia. Esto dio lugar a la aparición de numerosas obras de autores cristianos en contra del islam, motivadas por la presión social y, principalmente, política a la que se veían sometidos los cristianos a través de la arabización y de la islamización. En la segunda parte de su introducción, Mihoc se centra en la teología cristiana dentro de un contexto islámico (p. 22). Tanto melkitas, como jacobitas y nestorianos –en continuo debate entre ellos– se van a ver representados en este contexto religioso a través de personajes relevantes, a veces con una posición privilegiada dentro de la Iglesia, como los obispos, otras, por monjes cotidianos. En cualquier caso, el proceso de adaptación a la nueva realidad conllevará la aceptación del cambio político y cultural, así como religioso. Esta última cuestión, como muy bien expone Mihoc, dará lugar a la aparición de numerosos trabajos de naturaleza exegética y apologética y también aparecerán obras –las menos– que tratarán de comprender los nuevos textos sagrados, como el Corán. Además se originará la traducción de muchas obras cristianas del siríaco y del arameo al árabe.

Finalmente, Mihoc cierra la introducción centrándose en la cuestión de la iconoclastia. Dentro de un ambiente en el que predomina el islam, el culto a las imágenes se reserva para los cristianos. Esto se convertirá en un elemento de disputa entre cristianos y musulmanes que se relaciona no sólo con las creencias de cada grupo, sino también con el problema de los edificios religiosos donde los cristianos incluyen estas imágenes.

Es en este contexto tan particular donde se encuentra Theodor Abū Qurrah. Su vida y su obra se describen en el capítulo primero (Kapitel I: Zu Person und Werk Theodor Abū Qurrahs pp. 33-56). Mihoc resume la biografía de este obispo melkita del siglo IX que vivió la proliferación de los estudios sobre religión y pensamiento (estudios sobre filosofía griega, principalmente) bajo el califato de al-Ma'mūn y al-Mu'tasim. Para conocer la vida de Abū Qurrah hay que tener presentes –como indica Mihoc– las obras de autores siríacos, árabes y armenios del siglo IX, entre los que destacan Eutiquio de Alejandría,

aunque el autor señala además obras posteriores como la Crónica anónima *ad annum 1234* o la *Crónica* de Miguel el Sirio, entre otras.

Tras ser monje en Mar Sabas donde se formó en diferentes disciplinas y destacó como teólogo, Abū Qurrah se convirtió en obispo de Ḥarrān. Esta posición le permitió estar en contacto con personas de la alta esfera socio-política, así como de la religiosa (dentro del cristianismo oriental y del islam). En cuanto a su obra, Abū Qurrah fue muy prolífero. Su fama se debió no sólo al contenido de sus trabajos, sino también al uso del árabe para redactarlos. Si bien es cierto, existen obras suyas en siríaco y griego que ayudaron a que su trabajo se difundiera por otras regiones como, por ejemplo, Bizancio. El contenido de estas obras es muy variado, aunque la cuestión de la iconoclastia, según expone Mihoc, aparece en la mayoría de los escritos del autor melkita. Se trata de una cuestión que no es recogida en obras de autores coetáneos a Abū Qurrah, por lo que resulta llamativo que se trate de un elemento recurrente en su obra. No resulta del mismo modo en Bizancio, donde autores como Teodoro el Estudita (759-826) o el Patriarca Nicéforo I de Constantinopla (757-828), reparan en la iconoclastia. Así, Abū Qurrah abrirá el debate, una vez más, con nestorianos y jacobitas, en esta ocasión por las imágenes.

Tras la introducción, Mihoc dedica un segundo capítulo (Kapitel II: Die religiös-visuelle Kultur im umayyadischen und abbasidischen Kalifat pp. 57-104) al estudio del culto religioso a través de la representación visual bajo el dominio omeya y abbasí. Mihoc comienza analizando el culto a las imágenes en Bizancio para pasar a describir este uso, no tan extendido, en el islam primitivo. El punto de encuentro entre ambos es el culto al emperador en Bizancio que, como plantea Mihoc, en el islam primitivo tras la muerte del Profeta, se relaciona directamente con el califa. Sin embargo, Mihoc describe la evolución del culto a la imagen del califa en paralelo a la evolución del islam. Esto permite al autor mostrar cómo la veneración a la figura del califa se ve apoyada por acciones como la acuñación de moneda en su honor, pero, no obstante, no derivará en un culto religioso, mucho menos a través de su imagen. Para el autor, el islam evoluciona hasta convertirse en anicónico por lo que describe la importancia de la caligrafía como elemento religioso de carácter visual (además de ornamental), así como la concepción de lugar sagrado que tiene un

musulmán de la sala de oración de una mezquita. Finalmente, Mihoc presenta la “iconofobia” del islam a través de la figura de Abrahán en el Corán como iconoclasta. El autor plantea muy bien la influencia de la exégesis coránica como elemento principal de la oposición del islam al uso de imágenes en el culto religioso. Esto lo lleva a plantearse la posible influencia del aniconismo islámico en el cristianismo que se ve reflejada – según apunta Mihoc- en zonas como Palestina donde aparecen más mosaicos decorativos con motivos florales y geométricos que con figuras antropomorfas o zoomorfas. Mihoc cierra este capítulo indicando que no se trata de que el islam influyera en el cristianismo extrapolando su oposición a las imágenes, sino más bien, que los cristianos se adaptaron a los ideales religiosos de los musulmanes para poder mantener un estatus social favorable. Es decir, no es tanto una influencia religiosa, sino más bien política.

El tercer capítulo (Kapitel III: Der Traktat über die Verehrung der Bilder pp. 105-222) se centra en el tratado escrito por Abū Qurrah sobre la iconoclastia. El capítulo comienza con un estudio del texto. En este caso, se trata de dos copias conservadas, una en la British Library proveniente de Ḥarrān que data sobre el 877 y otra, conservada en el monasterio de Santa Catalina del Sinaí, del siglo X. Una vez analizados los problemas de autoría de ambas copias, así como la lengua empleada en ellas, Mihoc ofrece un índice del contenido de estas copias (pp. 116-119). Seguidamente, expone el contenido del tratado a través del análisis de cuestiones teológicas en el pensamiento del autor melkita y la interpretación que éste realiza sobre el uso de las imágenes. Las principales cuestiones son comparadas con fuentes tanto cristianas como islámicas que permiten a Mihoc mostrar las controversias existentes en la época, así como las similitudes entre los diferentes grupos religiosos. Sin duda, como presenta Mihoc, la obra de Abū Qurrah tiene numerosos puntos en común con la de Juan Damasceno (675-749). Por ello, el autor ofrece un análisis comparado de los fragmentos más interesantes en los que el Damasceno y Abū Qurrah presentan similitudes.

La obra cierra con un resumen, a modo de conclusión, sobre las conexiones entre Abū Qurrah y la obra de Juan Damasceno (675-749) y la importancia del contexto social, político y religioso en el que Abū

Qurrah vivió. Finalmente, se incluye la bibliografía utilizada en el desarrollo de esta obra (pp. 239-270).

El trabajo realizado por Mihoc en este volumen nos presenta, por un lado, la información existente hasta ahora sobre Abū Qurrah y, por otro, nuevos datos recopilados por el propio autor. Asimismo, Mihoc ha enfocado su estudio sobre el culto de las imágenes en Abū Qurrah a través de un novedoso análisis que tiene como punto de partida el contexto socio-político y religioso en el que el autor desarrolló su obra.

El uso de fuentes historiográficas y exegéticas, tanto cristianas como islámicas, que hace Mihoc, complementa y enriquece su trabajo. Esto permite al lector reconocer las relaciones y conflictos entre los diferentes autores que Mihoc plantea en los primeros capítulos de su obra.

Sin duda, este trabajo contribuye al estudio de la figura de Abū Qurrah y su pensamiento. Pero también nos ofrece información sobre un contexto en el que el cristianismo oriental se tuvo que adaptar a la nueva realidad del islam. Todo ello hace de esta interesante obra un trabajo de gran valor para el estudio de la cristiandad en Oriente y del cristianismo árabe en particular.

Lourdes Bonhome Pulido  
Universidad de Córdoba